

extraña, incomprensible asociacion. Burlábanse muchos de tal sociedad, y la hacian materia de sus bromas. Como acostumbraban á ir vestidos uniformemente y de tan pobre modo, conocíanlos con el mote de los estudiantes del sayal. Ignacio, llevado del doctrinal desprecio á la opinion y á las gentes, que constituia como la base fundamental de su doctrina, predicaba por calles y plazas con ardor sin igual, que no le dejaba tiempo ni aun criterio para fijarse de algun modo en las burlas y hasta en las sospechas suscitadas por su original proceder.

Bien pronto iba el infeliz á ser víctima de aquel exagerado principio de autoridad propio de las monarquías absolutas, y solo comparable, por sus serviles efectos, al principio de ciega obediencia propio del jesuitismo y de los jesuitas. Una sociedad libremente organizada, que se vestia bajo aquellas leyes á su antojo, que tomaba como principal ocupacion el predicar segun sus particulares creencias, que rompía con la monótona uniformidad del Estado, que mostraba una espontaneidad peligrosísima para tiempos de obediencia y silencio, debía suscitar naturales recelos en los encargados de sostener la monstruosa y absorbente autoridad de tales y tan extraños siglos. Llegó la fama de todo lo sucedido en Alcalá, bien pronto, á noticia de los inquisidores de Toledo, y los inquisidores de Toledo se apercebieron y arreglaron para celar de cerca y con sigilo aquel peligrosísimo acto de la voluntad individual. Los esbirros comenzaron á moverse, allá en la ciudad arzobispal, y los espías á moverse tambien aquí, en la ciudad universitaria. El negocio tomó harta monta para llegar al extremo de reunir una parte del Santo Oficio en Alcalá. Indagaron la vida de Ignacio y la tuvieron por buena. Escucharon sus predicaciones y las creyeron ajustadas al patron y norma de la doctrina católica, sin discrepancia ni variedad. Pero temerosos de ver á la libertad individual, siquier estuviese muy conforme con los principios tradicionales, alzándose á mayores en esto de predicar por las calles y de reunir muchedumbres á su antojo, encargaron al ilustre Figueroa, vicario en Alcalá del Arzobispo, que anduviese sobre aviso con aquellos predicadores y les mirase de continuo á las manos. El vicario se dió todas las trazas propias de su autoridad, para cohibir aquellas gentes y divertir su atencion de las predicaciones y su voluntad del funesto empeño de fundar sociedades é institutos difí-

ciles de meter y encajar en la organizacion soberbia y formidable de tan fuertes y poderosos Estados. Para sostener la iniciativa individual, para pensar sin miedo á impedimentos ni á censuras, para estatuir asociaciones voluntarias, para tener derecho á un disentimiento cualquiera con la doctrina del Estado, para ejercitar las facultades propias del pensador y del escritor, necesitase vivir en el seno de un pueblo soberano de sus destinos y capaz del ejercicio de todas sus facultades esenciales y de todas sus aptitudes históricas. Ignacio tropezó, desde los comienzos de su sociedad y desde los albores de su doctrina, con los obstáculos opuestos por todos los despotismos á todas las novedades. Nacido, á pesar de todo esto, con vocacion verdaderamente invencible á la servidumbre intelectual, sostuvo la triste y absorbente autoridad de arriba, lo mismo que la servil obediencia de abajo, como para demostrar que nada enseña la realidad mas viva y mas incontestable al ciego fanatismo.

Llamado el santo á la presencia de su vicario Figueroa, tuvo que pasar por mil apuros y que recibir mil advertencias. Su doctrina, tocada en las piedras de la Inquisicion, resultaba ortodoxa; sus discursos oídos con orejas de esbirro y con aprensiones de verdadero espía, resultaban católicos; pero aquella vida comun, arreglada por la voluntad arbitraria de los comunistas, aquel vestir uniforme parecido al de las organizaciones oficiales y al de los cuerpos colegiados y públicos, dañaba la omnipotente autoridad de un Estado, incapaz de consentir, en la soberbia de su omnipotencia imperial, tantas libertades. Para obligarles á conocer su autoridad, prohibió que anduviesen vestidos con un mismo hábito y traje. Parecíale gran desacato llevar los piés descalzos en guisa de santas efigies y se los calzó, poniéndoles zapatos, que los igualaran y confundieran con el resto de los mortales. En el asunto de las vestiduras no hubo piedad. Obligáronle á teñir de negro su sayal blanco, mientras le imponian al francés la necesidad de revestir las ropas usuales en su nacion y les encargaban á los demás que anduviesen por fuerza vestidos de leonado. Obedecieron como no podian menos; pero no se salvaron de inquisiciones y pesquisas. Aun no habian pasado meses de las primeras investigaciones, cuando ya los llamaban á nuevas comparencias, preguntas, careos, sin respeto alguno á la santidad de su vida, ni á la pureza de su doctrina. Contem-

plemos lo que sería una sociedad de tal índole, que no dejaba pensar como ella pensaba, que no dejaba creer como ella creía, que no dejaba sentir como ella sentía, porque no habían demandado el superior permiso á sus indiscutibles poderes. ¡Qué fuera una secta enemiga del Estado y de la Iglesia! Donde no hay la facultad de engañarse, no hay la facultad de pensar. El error es una levadura del pensamiento humano, como el mal es una levadura del humano sér. La verdad no existe para nuestra inteligencia, si ella misma no sabe aprenderla y apropiársela. Solamente los espíritus angélicos y divinos pueden alcanzar la verdad por una intuición milagrosa ó por una serie de inspiraciones sobrehumanas. El hombre, frágil y enferma criatura, no allega una idea, sino por un camino erizado de punzantes abrojos. La duda, el error, la incertidumbre, le sirven á veces tanto como los mayores aciertos. No hay, no, verdaderas ideas, sino las adquiridas por el ejercicio de nuestro criterio y en la plena y entera libertad de nuestro raciocinio. La verdad humana se adquiere y allega humanamente. Propia, pues, de la humanidad y de su contingencia la contradicción.

Por consiguiente, los obstáculos puestos á una idea tan falsa y errónea como la idea jesuítica, nos mueven á todos cuantos amamos la libertad de pensar á dolernos de las trabas artificiosas puestas á la misma profesión del error. ¡Qué diferencia entre nuestro juicio y el juicio de aquellos que consideran la Inquisición como luminosa y salvadora, porque persigue á los que de su creencia disienten, matando esta variedad del pensamiento, el cual, con ser uno como la luz es una, tiene varios diversos matices, en cumplimiento de otra ley no menos suprema que la superior ley de la unidad absoluta, en cumplimiento de la ley de variedad!

Las instituciones inquisitoriales, pesaban, pues, con su fuerza mecánica y fatal sobre todos los séres, sin pararse á considerar si eran amigos ó enemigos, teniendo la implacable universalidad de la muerte. No se habían acabado las continuas molestias y asechanzas ideadas contra la naciente asociación, cuando vino en contra suya un espantoso escándalo. Vivían, por aquel tiempo, dos mujeres de pro en Alcalá, muy conocidas ambas allí, por su riqueza y por su hermosura. Eran hija y madre; viuda esta y aquella moza. Llena la ciudad literaria de pretendientes á carreras y honores, nada tenía de

singular que se vieran muy requeridas ambas á dos al casamiento. Pero ellas, devotas de la religión y aficionadas á las letras, menospreciaban todos estos requerimientos, y obsequiosidades, para, con mayor facilidad, reducirse á sus oraciones y á sus estudios. Bien pronto entraron en relación amistosa con el predicador público que más llamaba la general atención en Alcalá, con San Ignacio, poniendo en manos tales sus sendas exaltadas conciencias. A los pocos días de tratarlo, dejaron burlados á todos sus pretendientes, y huyeron del comercio frecuentísimo que antes solían con toda la sociedad. Esta triste ausencia disgustó mucho en los círculos universitarios, necesitados de recreos espirituales, y disgustó más en el seno de los varios pretendientes que libraban á bodas con aquellas damas sus valiosas esperanzas. El asombro creció de punto cuando se llegó á saber que habían hecho voto de castidad y de pobreza en manos de aquel que no tenía ninguna jurisdicción y que usurpaba, laico y civil, sin facultades y sin autoridad, los atributos propios del poder episcopal. Dos estrellas, digámoslo así, de un cielo risueño, se habían eclipsado tras la cogulla de un fraile oficioso y raro, sin ningún sacramento canónico y sin ninguna virtud de jurisdicción eclesiástica. La ira del mundo no tuvo límites desde entonces, y todos decían que no era posible consentir aquellas predicaciones conducentes á trastornar el seso de las más elevadas personas. Ignacio, firmísimo en su doctrina de menosprecio á la opinión, opuso á tantas murmuraciones oídos de mercader.

Un día las dos mujeres le citaron á su casa con grande anticipación, y le propusieron una consulta de la mayor importancia. No satisfacía su celo por las cosas divinas el apartamiento de la sociedad, el encierro en casa, la penitencia privada y oculta; necesitaban dar pruebas de mayor entusiasmo para edificación de las gentes, como irse de peregrinación por extraviados senderos, descalzas de pié y pierna, ceñidas con una especie de mortaja, ayunas y despeinadas, durmiendo al raso y demandando de puerta en puerta la caritativa limosna, hasta llegar á cualquier santuario célebre, que por su distancia requiriese mucho trabajo y mostrase por ende las ardientes devociones y los amores á la penitencia y al sacrificio, de quienes así los requerían y buscaban. Oyólas con su natural resignación San Ignacio, y comprendió, á la primera ojeada, toda la inminencia del daño, que á su persona y á su doctrina

y á su comunión podia inferir aquel singular propósito. Trató, pues, de disuadirlas, y no pudo lograrlo. Hija y madre prepararon á deshora la expedición, y salieron á hurtadillas de la literaria ciudad. No tardó mucho tiempo en saberse cómo se acababan de ausentar para ir nada menos que á la Santa Faz de Jaen. Tumultuáronse las gentes á tamaña noticia. El refran español de que un loco hace ciento corrió de boca en boca. Díjose á una por los personajes mas influyentes de la ciudad que no habia paz doméstica posible, ni orden público seguro, ni hogar sagrado, ni familia, si cualquier predicador, mas ó menos ardiente, podia con sus sermones al aire libre trastornar los sentidos y las cabezas de las gentes mas principales y mas sesudas. Volvióse el general sentir de la ciudad contra Ignacio, en tales términos, que precisaba tomar una medida pronta para responder al público juicio. Y en efecto, un dia, cuando mas descuidado estaba San Ignacio, y mas ajeno de pensar lo que contra él urdian las autoridades, y mas embebido en sus ejercicios piadosos, echóle mano un alguacil del vicario, y le metió en la cárcel.

Imposible perseguir en el mundo al mas criminal de los hombres, y atormentarlo, sin que la compasión, propia de nuestra naturaleza, vaya por algun camino al socorro de la desgracia. Cuánto mas no ha de suceder esto tratándose de ideas mas ó menos opinables y de asociaciones mas ó menos legales. Perseguíase un exceso de celo en un penitente de verdad; y resultaban, por lo mismo, sentimientos de compasión necesarios y naturales. Enviáronle ofertas de favor y promesas de libertad la señora Enriquez, madre del duque de Maqueda, y la señora Mascareñas, dama de la Emperatriz Isabel; y se personó en la cárcel, para en sus dolores acompañarle y seguirlo, si precisaba, hasta el tormento y el patíbulo, su jóven camarada de cátedra, Calixto, ido allí desde Segovia, resuelto á juntarse á él y con él padecer y morir. Pero las autoridades oficiales y el sentimiento público aparecian cada vez mas implacables contra Ignacio. Catorce dias le tuvieron recluso y apartado del mundo en la mansion de los criminales, sin hacerle una sola pregunta, ni requerirle para una sola declaración. Los pocos partidarios suyos, sus visitantes y amigos, conjurábanle á que inquiriese la causa de aquel atentado á su libertad y á su honor, demandando notificación de los cargos y acusaciones para poder apercibirse á una defensa bastante á demostrar el claror de su

alma, la virtud de su vida, la inocencia de sus pensamientos, la santidad de sus propósitos. Ignacio, resuelto á sufrirlo todo por Cristo, llegado á la indiferencia propia de sus exageradas doctrinas, creído íntimamente de que los cuidados por su honor en el fondo equivalian á desasosiego por las cosas del mundo y desistimiento de las cosas del cielo, negóse á todo propósito de mezclarse por algun modo en lo que tanto le interesaba y atañia; mostrándose como enajenado de sí mismo y de su propio sér ausente.

Pasaron cuarenta y dos dias de cárcel; y á la noticia de lo sucedido, y al reclamo de la natural compasión, regresaron á su casa las dos errantes peregrinas, diciendo á cuantos querian oirlas, cómo se partieran de propio grado y contra el consejo y el parecer de Ignacio. Necesidad hubo de todo esto para que supiera el cuitado la causa y motivo de su prision. Díjosela el vicario sin reserva, y anunciándole tambien, para mayor consuelo, que al creerle complicado en la fuga de ambas peregrinas, habian por tal motivo examinado sus predicaciones y las ideas en ellas contenidas, sin hallar cosa ninguna contra la moral y el dogma.

No creais que por esto se mostró mas compasiva la curia de Alcalá con el futuro santo de la Iglesia. El hábito de sus gentes, en el cual comenzaba entonces la venidera comunidad monástica, fué implacablemente prohibido, ordenándole á él y á todos que vistiesen manto y bonete como los demás estudiantes; y por lo que á la predicación respectaba, su capital oficio y ministerio, sin hallar cosa de reprimir, negáronles títulos y facultades para ejercerla, por no tener los necesarios estudios ni gozar de la indispensable autoridad canónica. Esto quiere decir que Alcalá presintió todo el mal de aquella comunidad incipiente y se propuso extirparla en su germen.

Ignacio lo comprendió así en seguida, y se aparejó á dejar sitio á su comunidad tan adverso y á los principios de su obra tan por extremo nefasto. La obediencia, que abrazó como virtud principal de la vida, no podia faltarle, no, en este momento, aunque acompañada por una especial singularidad, á causa sin duda de tan grave caso, acompañada de la observación y de la protesta. Se veia contenido en todos sus planes, frustrados bajo el peso de la misma enorme autoridad, á cuya devoción se consagrara; y la naturaleza humana surgia en toda su sencilla ingenuidad, aun bajo la pesadumbre abrumadora